

GERONA, GALDOS Y GIRONELLA

(Recordando unas declaraciones de Gironella en «El Español»)

POR FÉLIX CASELLAS CASADEMONT

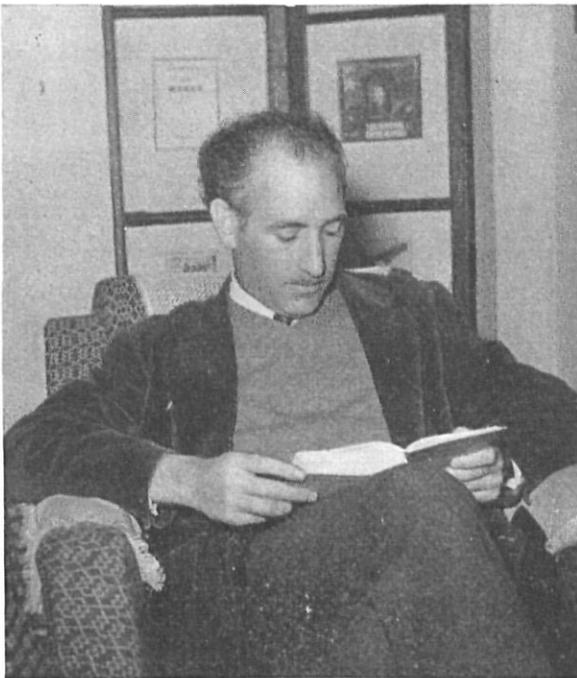
Si la Vetusta de Clarín y la Pilares de Pérez de Ayala, revalorizaron su popularidad en el campo de la ficción novelesca mediante el Oviedo de Dolores Medio, Gerona, la «Gerona» de Pérez Galdós, la revalorizó y acrecentó, casi al mismo tiempo que aquélla, con la obra de Gironella. Y, sin embargo, esto ocurrió con

al novelista que quiera convertir a nuestra ciudad en lugar o núcleo ambiental de su novela. Otro fuera el problema en el terreno de la literatura catalana, pero en castellano sólo Gironella eleva el nombre de Gerona al primer plano de actualidad y vida literaria.

A pesar de que no cabe comparación alguna entre la «Gerona» de los «Episodios Nacionales» y la de «Los cipreses creen en Dios», será curioso constatar, no obstante, entre sus divergencias, cierta semejanza de finalidad.

Las dos obras serán divergentes, pese a que en ambas la acción es progresiva y en lo esencial unitaria, en técnica. La narración galdosiana, puesta en primera persona, en este caso en boca de Andresillo Marijuán, conserva, moda de su época, las frecuentes llamadas al lector y poco velada la intención de adoctrinarlo. La narración de Gironella, en tercera persona y pretérito, es totalmente impersonal y objetiva; podremos en tal o cual ocasión suponer conformidad o disconformidad del autor con lo que escribe, pero aparentemente serán siempre sus personajes, no él, quienes opinan. (Recordamos aquí, como de paso, que en unas declaraciones publicadas en «El Español» confirmaba que un novelista no puede ser nunca imparcial).

Distinto se ofrece también el «tempo» o ritmo novelesco: normal en Galdós, se quiebra



mayores méritos por parte de Gironella, ya que si Dolores Medio en la descripción ambiental de su ciudad tiene aquellos claros y ejemplares precedentes, la «Gerona» de Galdós, si no es en el nombre, nada puede ofrecer

en Gironella remansándolo unas veces, cuando así le interesa para detallar o exponer teorías políticas, mientras se acelera en otras, bastándole entonces unas líneas, una carta, unas palabras .., para definir o dar por resuelta una acción.

Pero es en la finalidad de la obra en lo que esencialmente coinciden los dos escritores, y esta coincidencia es la que ha hecho posible que juntos aparecieran sus nombres en las páginas de alguna revista.

En España supo Galdós unificar los dos posibles movimientos del espejo standaliano: combinó perfectamente la visión sincrónica de Balzac, reflejo total de las distintas capas sociales, con la diacrónica de Zola, evolución o degeneración de una de ellas a través del tiempo. Así el novelista español pudo en sus «Episodios Nacionales» historiar novelescamente o novelar históricamente los distintos estamentos sociales pero en su evolución desde Trafalgar. Con ello intentaba, y cumplidamente logró, enseñar historia de España, hacer llegar a quienes indudablemente no habría llegado en forma escuetamente histórica, el conocimiento de los trascendentales hechos acaecidos en nuestra patria y sacar de ellos posibles consecuencias; buceó —dijo Casaldueiro— en el pasado para comprender el presente.

En tal sentido, si bien algo intentó hacer Ignacio Agustí, será Gironella el heredero directo del mundo galdosiano. Ambicioso es el plan del gerundense, como lo fué el de Galdós, pero consigue rápida y plenamente su objetivo: la primera parte de su enorme trilogía asombra y es motivo de discusión, pero el autor quedará definitivamente consagrado como excelente novelista, cosa no conseguida con su anterior premio Nadal. Se discutirá si es o no lícito en la novela tratar tan detalladamente el problema social o histórico, pero si

él quiso dejar, a quienes no conocimos o recordamos lo ocurrido en la España anterior al 1936, un fácil y asequible documento de los hechos, en verdad que lo ha conseguido. Y, sin embargo, aparte el valor histórico-documental, tampoco creemos que la trama o argumento que da vida literaria a lo docente merezca el calificativo de folletinesca que le daba A. Vilanova. La familia Alvear no necesita trama de folletín para captar plenamente al lector: la soltura de la narración, la inteligente observación de la realidad y del detalle significativo, la misma sintaxis, rápida y de períodos cortos, presta la difícil naturalidad que da perfecta vida a *estos hijos de la imaginación de Gironella*. Lo que tal vez el escritor catalán no sea, o se proponga no ser, es un estilista. Por ésto quizá no puedan señalársele como defectos ciertas incorrecciones o irregularidades del lenguaje, copia del natural, (uso y abuso del «extrañarse» del «solucionar»...).

Nueva divergencia, pese al título particular de uno de sus episodios, entre Galdós y Gironella la constituirá la localización de su obra histórica. La del autor gerundense está localizada esencialmente en Gerona, mientras que la del canario en toda España ya que al fin «Gerona» no es más que uno de sus cuarenta Episodios Nacionales.

Pero aun concretándonos particularmente, en el caso de Galdós, a su «Gerona», las diferencias con la obra de Gironella deben ser notables. Pérez Galdós cuando escribe «Gerona» no conoce nuestra Ciudad y de ella se documenta desde Madrid y por mediación de un gerundense, Manuel Almeda, estudiante entonces en la Academia de San Fernando. Por ello no es de extrañar que falte en absoluto la descripción del ambiente gerundense. Quien no conozca Gerona y la situación de Montjuic, por ejemplo, respecto a la plaza, difícilmente

podrá evocar la realidad de las luchas relatadas. Se citan calles y plazas, pero inútilmente se buscará la descripción de las mismas. Todo ello unido en cambio a las excesivas y tan prolijas como repugnantes descripciones de las *hazañas ratoniles*, hace que el libro sea, cuando menos para los gerundenses, uno de los menos apreciados de los «Episodios». Galdós, enemigo total de toda violencia y por lo tanto de la guerra, no resulta, posiblemente adrede, el cantor más adecuado a las gentes de nuestra ciudad. Aparte el discutible acierto de representar la fuerza ferozmente animal del hambre en persona tan bondadosa como el Sr. Nomedeu, hay escenas de mal gusto como las citadas de las ratas o peor todavía la de los patriotas gerundenses gozándose en asustar y robar a una pobre e indefensa mujer, enferma y demente.

Pérez Galdós para escribir su obra «Gerona» tenía el problema de lo distante y desconocido. Gironella cuando decide escoger a nuestra ciudad como lugar central de su monumental obra, lo hace sin duda impulsado, además de los motivos explicados en su prólogo, por el perfecto conocimiento que de la ciudad tiene. En ella ha vivido los años que va a novelar. Pero lo que indudablemente representaba una facilidad tradúcese también en dificultades. ¿Podrá ser el novelista serenamente objetivo e imparcial al retratar el ambiente de su ciudad? Y éso es lo que no supo, o posiblemente no quiso, ser. Sin referirnos a su valor como novelista ni al mérito literario que a su obra queramos darle, y que de hecho le damos y admiramos, Gironella en su novela ha abusado de la libertad que al artista se le concede en la ejecución de su obra. No ha podido sustraerse, por una parte, a la tentación de criticar con dureza, pese a la objetividad aparente, lo que pudo disgustarle personal-

mente o lo que fué motivo de sus antipatías. Así cualquier gerundense ha podido descubrir entre sus entes ficticios personajes verdaderos que en nuestra ciudad han vivido o viven



todavía. Por otra parte ha mezclado la realidad física de nuestra Gerona con inexactitudes incomprensibles en quien tan bien la conoce. Ello ha hecho que en Gerona «Los cipreses creen en Dios» haya sido desde el primer momento, no silenciada, como el propio autor decía desde «El Español», sino comentada desfavorablemente. Pero el comentario desfavorable no fué ni es motivado por la calidad de la obra, no por antipatías al autor, como también en la citada revista él mismo decía, sino por las inconsecuencias que en aquélla se encuentran. Dejando las directas y no siempre favorables alusiones a personas o instituciones, hay la desfiguración del ambiente o «clima» gerundense. Pero ésto último es comprensi-

blemente fruto, tal vez inevitable, del mismo plan y ejecución de la obra. Ya trató el mencionado Vilanova, en su crítica de «Destino», de la imposibilidad de plasmar en ciudad como Gerona la compleja lucha ideológica y real de toda España. El resultado necesariamente tiene que ser una Gerona que de tal en la acción conserva únicamente su nombre, el de sus monumentos, calles y plazas, y que sólo aparece sentida y verdadera en alguna página descriptiva, al margen casi de la narración.

Si todo lo citado, y que sólo para los gerundenses puede ser defecto, viene ya originado por la idea con que la obra fué concebida y ha sido ineludiblemente realizada, hay otra larga serie de detalles menos importantes pero menos comprensivos y que por su mismo número hieren la susceptibilidad del gerundense observador. Efectivamente el novelista cita y sitúa exactamente calles, monumentos, instituciones... Entresacamos a guisa de ejemplos: el salón de baile «El Globo», el «Ateneo», la «Piscina»...; con nombres velados o supuestos, el Banco Arús, el Café Neutral...; citas exactas como la de «un Editorial importante pero dedicado exclusivamente a libros de texto», «la caja de reclutas, caserón húmedo de la calle de la Forsa», la «construcción de un Mercado cubierto sobre el río, sobre el Oñar», la inauguración de la Piscina en el campo de Marte, el 30 de Julio (equivocando aquí el mes)... Describe los efectos de la tramontana; hace una detallada y emotiva descripción de la Procesión de Viernes Santo, otra del Vía Crucis, del valle de San Daniel... Pero frente a tales realidades y al verdadero derroche de detalles

localistas, destacan con mayor contraste innecesarias inexactitudes. Describiendo el Vía Crucis, por ejemplo, nos habla del «Calvario... donde una ermita presidía todos los alrededores de la ciudad». En otra ocasión hablará de las «Pedreras, prolongación de la (montaña) de Montjuic». Dirá más adelante que el sol «asomaba tras la silueta de Montjuic...». Para describir la fiesta de la Rambla y ambientarla cree oportuno hablar de «típicos monigotes de madera colgados en el aire». Demuestra una reiterada predilección, lo hace varias veces, en envejecer a los árboles de la Dehesa llamándolos «milenarios». Situará, en el año 1934, el Museo Diocesano en su actual emplazamiento en Casa Carles...

En fin todo ésto son detalles, intrascendentes, que no importan al artista, pero éste no debe extrañar si el público que conoce su ciudad se asombra al no verla aceptada plenamente ya que lo hace en tan gran parte. ¡Tan fácil como a Gironella le habría sido hacer verdaderamente que sus personajes fueran todos, como en el prólogo dice, imaginarios! ¡Tan fácil le habría sido, ya que de nuestra ciudad tomaba el nombre y realidad, y que con tanto detalle la describe unas veces, no desfigurarla innecesariamente otras..!

Nosotros opinamos, sincera y humildemente, y con ello intentaríamos explicar muchas cosas, que el propio Gironella podría en más de una ocasión apropiarse la definitiva y definidora frase de su volteriano héroe Ignacio y con él exclamar: «¿Por qué diablos seré tan complicado?».